

Una mano piadosa ;
 Sáquele de un obscuro calabozo,
 Cuya humedad dañosa
 Y ambiente craso, apénas
 Le dexan respirar, y del impuro
 Recinto de aquel pozo,
 Trasládelo de pronto á una alta cumbre,
 Donde disfrute de la elara lumbre
 Del sol, y de un ambiente saave y puro ;
 Su corazon se inunda de alborozo :
 Registra el campo ameno y dilatado,
 Del inmenso horizonte terminado,
 Que en todos los contornos se presenta
 Con tanta admiracion, como si fuese
 La vez primera que gozado hubiese
 Escena tal : el infeliz alienta :
 Se siente aligerar del peso horrible
 Que le oprimia : piensa que renace
 A otra distinta vida :
 Su alma tierna y sensible,
 De sí misma se olvida,
 Y en ímpetus de gozo se deshace.
 Tales son los impulsos de alegría
 De una alma desenvuelta
 Al cabo, de los lazos vergenzosos
 De los vanos placeres, que á porfía
 Sujeta la tenian ; que ya suelta
 De los grillos penosos

Del torpe vicio y de la tiranía,
 De las viles pasiones,
 Ligera á las regiones
 De la razon su vuelo precipita,
 En su elemento propio vuelve á hallarse,
 Y eternas esperanzas respirando,
 Aun en la inmensa luz quiere engolfarse
 En que su Dios habita.
 Allí la verdad pura contemplando,
 Bebe en la fuente misma, las ideas
 Mas nobles que la dan mayor consuelo.
 El justo de este modo asido al cielo
 Inmóvil, ve á sus pies rodar el orbe,
 Sin que rompa las plácidas tareas
 De su contemplacion el movimiento,
 Que nunca á sentir llega, ni le estorbe
 El confuso ruido
 Que viene ya sin fuerzas á su oido.
 Rebosando esperanzas y contento,
 La idea de su dicha venidera,
 Le tiene siempre en éxtasis profundo.
 Ya enteramente ausente de este mundo.
 De la inmortalidad huella el camino
 Feliz. Ninguna cosa pasajera
 Puede fixar el fuego peregrino
 De sus deseos. Brilla inútilmente
 El sol para sus ojos distraidos.
 Ni aun el trueno despierta sus sentidos.

Cérqueme de repente
 Tempestades horribles; fieros vientos
 Silven embravecidos;
 Conmuévanse del orbe los cimientos;
 El á su Dios unido estrechamente
 Nada teme, seguro
 De que él le sacará de todo apuro.
 Los años y la vida
 Vuelan sin que él lo sienta:
 La terrible avenida
 De crueles agonías y de males,
 Que acompaña á la muerte, y atormenta
 A los demas mortales,
 Su quietud no perturba; ántes gozoso
 Se arroja á aquel abismo tenebroso,
 Al paso que el impío aun en la calma,
 El espanto y horror tiene en el alma.
 Ciertos de aquel amparo poderoso,
 No encerremos nuestra alma en esta estrecha
 Cárcel del mundo. Pues á cada instante
 Tememos ver deshecha
 Esta basa de polvo que sostiene
 Nuestros pies y sumirnos; acudamos
 Al asilo mas sólido y constante
 Que el cielo nos previene:
 Al rápido torrente resistamos,
 Que arrebatá los míseros mortales
 A objetos viles y perecederos.

Paremos, y admirando las señales
 Sublimes, los anuncios verdaderos
 De la vida inmortal que nos espera,
 Avancemos de un siglo la carrera
 Del tiempo, y en el hombre que ahora existe,
 El hombre venidero contemplemos.
 ¡ Con qué gozo verémos
 La imágen de este triste
 Semblante, á nuestros ojos ya mudada,
 De inmortales facciones hermozeada!
 ¡ Precioso espejo, que nos restablece
 En aquel natural y noble estado
 Que al hombre pertenece,
 Quan gozosos verémos trasladado
 En tu brillante luna, el lisonjero
 Plan de nuestro destino venidero!
 Hagamos diligentes
 De nuestro ser dos hombres diferentes,
 El uno ya inmortal que desde el cielo,
 Al que aun está en la tierra dé consuelo:
 Oygámoslos callando,
 Quando en nuestro interior se estan hablando,
 Siendo nosotros interlocutores,
 Y aun tiempo objetos de la interesante
 Conversacion que tienen entablada.
 ¡ No sientes ¡ O Lorenzo! que esta idea (a)
 En tu pecho despierta los ardores
 De una vanidad noble? Ni un instante

La reprimas; es justa y bien fundada:
 Nada con ser modesto se grangea,
 Quando es virtud ser vano.
 Si el hombre en un sentido es despreciable,
 En otro es muy sublime y respetable.
 La clave de este enigma está en su mano:
 Basta que no equivoque
 Sus miras, y coloque
 El aprecio y desprecio en donde debe.
 Así ten vanidad si eres juicioso,
 De poseer una alma y ser virtuoso.
 ¿Qué gusto hay en la tierra á que no lleve
 Ventaja el disfrutar del pensamiento?
 Reyes, Imperios, ¿qué ofreéis al hombre
 Que pueda á la nobleza compararse,
 De una alma llena de conocimiento
 De que nació inmortal, que de este nombre
 Digna, sabe gozarse y respetarse?
 Con todo el hombre estúpido, á la tierra
 Sus deseos limita;
 Baxo del polvo, sin reparo encierra
 Una serie infinita
 De eternas esperanzas, y sofoca
 En treinta años de tiempo, en un momento
 Toda una alma inmortal. Encarcelado,
 De la terrestre atmósfera rodeado,
 A la prision estrecha que le toca
 Se acostumbra, y contento

Por el suelo vilmente va á arrastrarse,
 Quando debiera al cielo sublimarse.
 Enagena con torpe indiferencia,
 Aquella rica herencia,
 En la que al lado del Omnipotente,
 Ha de segar el justo eternamente,
 Delicias sin medida,
 Quando esté de estos siglos concluida
 La serie momentánea, y ya la suerte,
 Tiempo, dolor y muerte,
 Se hayan vuelto á la nada.
 Siempre que veo una alma alucinada,
 Que sus fuerzas y activo fuego emplea
 En penosas frioleras, que agitada
 De continuo, segun la lisonjea
 O la amenaza la fortuna, pasa
 Del gozo á la tristeza, ó se desvia
 De esta, y vuelve otra vez á la alegría,
 Me parece estar viendo aquella masa
 Inmensa del Océano alterarse,
 Y sus horrendas olas encrespase
 Con el frívolo empeño
 De ahogar un gusanillo el mas pequeño,
 O levantar la paja mas ligera.
 Hombres á los sentidos entregados,
 Que á la breve carrera
 De esta vida ceñis vuestra existencia,
 Mirad en estos rasgos delineados,

Del hombre mas feliz vuestra imprudencia.
 Llama á un deseo, viene, le despide;
 Otro distinto pide,
 Le fastidia, al momento
 Le deshecha: así rueda descontento
 Por todos los deseos, miéntras dura
 Esta vida, y se apura
 Sin fruto por hallar algun objeto,
 Que su corazon triste satisfaga.
 Supongamos que el mundo esté sujeto
 Todo á su voluntad; que apénas haga
 La menor seña, quando ya cumplido
 Halle lo que desea, de manera
 Que viva alegre. ¡Ay Dios! La hora postrera,
 El momento temido,
 ¡Con qué ímpetu que viene
 Aunque tarde! ¡Ni un punto se detiene
 La fatal lanzadera
 Que texe tu mortaja! ¡Qué ligeros
 Vuelan y huyen los años! Los primeros
 Que en este mundo mísero has vivido
 ¡En dónde existen? ¡Insensiblemente
 En la sima del tiempo se han hundido!
 ¡Tan léjos de nosotros al presente,
 Qual si nunca se hubieran disfrutado!
 El dia actual parece un paxarillo,
 Que en la mano del hombre aprisionado,
 Se esfuerza con las alas y el piquillo

Por soltarse y volar. Aun no ha pasado
 En ella inquieto algun breve monumento,
 Quando huye diligente por el viento.
 Con tanta rapidez como se aleja
 El tiempo de nosotros, empareja
 La muerte, dando fin en un instante
 A la vida mas larga y mas brillante.
 La eternidad tan sola permanece.
 ¡Y á quién el poseerla pertenece?
 Si quieres con certeza averiguarlo
 A tu conciencia puedes préguntarlo.

 NOTAS.

(a) ¡En dónde está la region de la vida bien-aventurada, objeto de los mas ardientes deseos del sabio? La luz del sol es demasiado débil para llegar hasta ella: las estrellas mas elevadas arrastran en un parage infinitamente inferior y remoto. La muerte poderosa, la muerte sola puede, llevándonos en triunfo sobre el sol y los astros, colocarnos en aquella feliz morada.

(b) ¡Vivir inmortal!—¡Este pensamiento solo llena todas las potencias de mi alma! No puedo cansarme de pensar en él. Quando estoy engolfado enteramente en esta meditacion, se pasaria un siglo sin que yo lo notase, y volveria á ella con la misma ansia. ¡Qué otro pensamiento puede causar una impresion mas viva en mi sensibilidad? Es-

tremece mi alma con tanta violencia, como un trueno mi oído. Mi razón no puede volver de su admiración, y los ímpetus de mi reconocimiento agotan mi corazón. Mi alma con esta idea no dormita ya á orillas del sepulcro, ántes bien toma vuelo y sube triunfante á respirar sus ayres nativos: ayres que alimentan su noble ambición, y despiertan las chispas brillantes de fuego celestial que el Criador ha depositado en su interior. No tiene entónces un pensamiento siquiera que arrastre mas acá de las estrellas. ¿Se dirá acaso que me dexo llevar demasiado del entusiasmo? El alma que no es capaz de elevarse á este entusiasmo, es una alma débil: no han sido pocas las que han sentido sus divinos ímpetus, si no jamas hubiera corrido la sangre de los Mártires. Pues para ningun hombre es imposible lo que tantos hombres han podido hacer. ¿Quién será el que combatido por las tormentas de la vida, pueda pesar en su pensamiento el valor de esta felicidad infinita, sin sentirse penetrado, arrebatado y abrasado en celestiales llamas? En vano, durante esta niñez tenebrosa, se atormenta el alma: jamas podrá concebir las inmensas prerogativas del reino que ha de heredar.

NOVENA NOCHE.

LA INMORTALIDAD. PRUEBAS FISICAS.

¡La Religion es todo! Esta gran diosa
 Baxó del alto cielo
 A ser de los mortales el consuelo.
 El mundo actual en su siniestra mano
 Traxo, y en la gloriosa
 Diestra el mundo futuro.
 Ella es la que sostiene y la que eleva
 Sobre sí mismo al infeliz humano.
 Es el fiador seguro
 De la nobleza de su ser; la prueba
 Que acredita el valor de sus virtudes.
 Aun en esta mansion perecedera
 De la flaqueza y las vicisitudes
 En que reyna la muerte,
 Da al hombre una alma fuerte,
 Que procede qual si una deidad fuera.
 ¡O tú inmortalidad! ¡O Providencia!
 Ambas formais la basa incontrastable
 En que el pie humano puede hacer asiento.
 Lo restante es un mar pérfido, inestable,